

## **La Humanidad del Futuro**

### **Huelga general y sociedad futura**

Luisa Capetillo

No hay época del año más bella que la primavera; luce bellísimos días en el mes de Mayo. Bellísima y extensa variedad de flores.

El día 10 de ese mes, en un local obrero, se había celebrado una Convención en la que luego que presentaron leyes nuevas y las aprobaron: determinaron, si no aumentaban su jornal, declararse en huelga.

Ellos habían medido su determinación y creyeron oportuno llevarlo a la práctica, y solicitaron intervención del Comité Revolucionario expusieron sus quejas, presentaron sus reformas, aclararon conceptos, afirmaron opiniones y decidieron lo antes manifestado. Irse a la huelga.

Era 14 de Mayo, un esplendente y hermoso día. En la calle de la Libertad, en el local de un periódico libertario, estaba reunido el Comité de Huelga Revolucionario. Entre varios importantes asuntos, acuerdan dar principio a la petición de los trabajadores, que reunidos en Convención, habían determinado lanzarse a la huelga, porque se les pagaba poco salario.

El Comité determina, que estando en condiciones de sostenerla, ellos las secundaban; y que el programa presentado, era muy pobre en aspiraciones, que eso era continuar en lo mismo, que ellos deseaban tomar la dirección del movimiento y que ponían a su disposición las cooperativas establecidas para que, lo que fueran a gastar, no pasara al campo contrario. Había varios depósitos de comestibles, muy bien organizados, y de telas y calzado para la comunidad, que había empezado con 10 individuos y había 11,000. Los huelguistas aceptaron, y fueron a depositar sus ahorros, en el fondo común de los revolucionarios, y los que tenían dinero en los Bancos, lo llevaron al fondo común, para que enviara a la cooperativa de Estados Unidos, para que remitiera productos, que no era posible obtener aquí, con igual facilidad.

Tenían un local con una máquina de hacer calzado, con la cual proveían a los demás y cada semana el encargado era diferente, para que no hubiera atrofia de organismos, y el que atendía a la panadería, pasaba a la semana a la zapatería y al depósito de ropa, y a la imprenta, a cada uno de los diferentes locales: además tenían algún terreno, en el cual iban todos a labrar la tierra y a cosechar el grano y las legumbres.

Había escritores, artistas, periodistas, abogados, científicos, médicos, y todos habían aprendido a cultivar la tierra.

El abogado se hallaba muy feliz, y cada día más elocuente orador, el escritor y el artista y el poeta, se sentían más fecundos y más prodigiosos en el arte.

No se obligaba a nadie a ir a un oficio que no fuera de su agrado, pero el deseo de igualdad, los impulsaba a contribuir a la fecundación del bien común. El abogado, como una oración, hacía uso de la palabra, y hacía una comparación de cuando iba al foro, y a presentar defensa o acusación, contra todos los fallos injustos que el juzgado imponía, y

decía que bendecía el día en que se presentó a defender las leyes de la comunidad, por la cual, había ingresado de lleno entre ellos. Esto era cuando semanalmente terminaban su trabajo. El artista hacía una descripción bellísima de un futuro cuadro, que había surgido allí, en plena Naturaleza, bajo los ardientes rayos del sol y con el arado en la mano; y se iba a su elegante taller a prepararlo lujosamente adornado por los trabajadores, carpinteros y ebanistas y demás. Sus cuadros iban al salón general. Sentían por los poetas y artistas gran cariño, y se disputaban entre ellos, el arreglo de sus gabinetes de estudios con las creaciones nuevas.

El escritor iba tomando nuevas ideas y recogía deliciosos datos para una novela que iba a publicar, que aumentaría la biblioteca común. El científico, que continuamente analizaba y combinaba en su laboratorio químico, explicaba cómo allí, se había hecho un nuevo descubrimiento, y lo iba a desarrollar para ver el resultado.

Había descubierto un elixir de juventud y belleza, real y efectivo.

El médico decía que, siguiendo los impulsos de la Naturaleza y no cometiendo excesos, las enfermedades eran imposibles, que tomando por ejemplo la Naturaleza, se había convencido de que las enfermedades no eran naturales, eran productos de los artificios del hombre, que pretendía reformar la creación, y de la ignorancia. Que adoptando los medios normales de vida no habrían enfermedades; y aseguró que el alcohol, el tabaco, el café y la carne, eran perjudiciales, pero para no violentar los organismos, y como método de libertad y tolerancia, habíase admitido que los que no pudieron de golpe, acostumbrarse a variar, fueren poco a poco aminorando la cantidad de carne, café y tabaco, limitándose a tomar los que lo exigían, a una vez, y luego a 3 por semana, hasta la completa abstinencia de todos estos alimentos y artificios creados por la competencia y la miseria, que dañaba los organismos, viciando generaciones enteras. El agricultor genuino, que se había criado entre árboles y cañas y semillas, que no había podido concurrir a las cátedras, ni escuelas, ni espectáculos recreativos e instructivos, como sabía leer, pero no podía hacer gala de una oratoria brillante ni educativa debido al sistema en que vivió, ocupó el turno como último en los conocimientos, siendo el más de los que lo utilizaban antes; se complació en manifestar que había descubierto un nuevo sistema para sembrar, y otro para que la tierra no fuera estéril o se agotaran sus recursos y produjera frutos pequeños y desabridos.

El 25 de Mayo, se declararon en huelga, como era una huelga general de todos los oficios, había carpinteros, herreros, cocineros, sirvientes de ambos sexos, cargadores de muelles, estos y los agricultores, eran los más, y un prominente abogado que, viendo más allá que los demás, quizás por humanidad, dejó planteada una gran defensa, que se esperaba triunfara, y en que se hubiera ganado 30 mil dollars, pero a pesar que le advirtieron los del Comité, que terminara la defensa, que aportara luego aquel dinero. No aceptó, para que no creyeran lo hacía por cobardía, y solamente 15 mil dollars que tenía en el banco, los llevó a la comunidad. Y se prestó para los informes de la comisión.

Declarada la huelga, se pasó aviso a las casas comerciales, a las fábricas, talleres de todas clases, con las peticiones exigidas por el Comité de Huelga Revolucionario, pero luego de enterados todos, hubo comerciante y hacendado de esos que leen, que se presentaron al Comité, llevando todo su capital en billetes, y pidiendo que lo admitieran en la comunidad.

Era natural, hacía 10 años que aquellos 10 hombres formaron la sociedad, y habían dado un ejemplo y una demostración de solidaridad y de cultura, y que tenían que ejercer alguna influencia. Esos señores, tenían hijos en la comunidad que, enamorados de hijas de los comunistas, habían pasado a la sociedad y se habían reformado.

Todo el país estaba en expectación, había pueblos que no tenían panaderos; otros [donde] no había zapateros ni braceros, y los que había, no podían atender a todos.

Las casas acostumbradas a grandes servicios, sin pies ni cabezas; las dueñas no sabían cocinar, ni lavar, ni planchar.

A la semana, estaban las calles intransitables, no había legumbres ni huevos, ni quesos, en el mercado, se puede decir, que no había mercado. La leche apenas se conseguía.

Hubo obrero, que para atender a las peticiones de sus patronos, que les habían aumentado el jornal, se habían muerto con el instrumento de labor en la mano, otros caían al salir, en fin, una cocinera que tenía que atender tres o cuatro familias, se vertió una sartén de manteca y se inutilizó las manos y un pie, y una sirvienta se cayó por la escalera, otra se tiró por una ventana.

Una señora cocinando perdió un ojo, otra se rompió una pierna deshollinando la subida de una escalera; otra se ahorcó, y otra se envenenó. Esta lucha, por no acceder a las peticiones hechas, sembraban el terror. En vista de tales sucesos, determinaron recurrir al Comité de Huelga, que permanecía siempre abierto y expusieron sus quejas. El Comité respondió que si los dejaban arreglar el asunto, que todo terminaría muy bien, en beneficio de todos. Ellos accedieron, y entonces les dieron un permiso provisional para que fuesen atendidos por la comunidad, ocupando cada cual en el trabajo, lo más adecuado a sus costumbres.

Habían señoras y señoritas, que no sabían hacer otra cosa que peinarse y tocar un poco el piano, y querer ordenar como en su casa: pero se las fue ocupando en algo, en rociar las plantas, en adornar salones y ayudar al servicio en común, y a las jovencitas burguesas, acostumbradas solamente a rellenarse el cabello y a limpiar los biscuits, se las enviaba una hora por la mañana a las cocina general y otra por la tarde para que observaran y aprendieran, y luego al salón de costuras, y más tarde, al de pintura, y así sucesivamente en todos, para que eligieran.

Después de verificado este cambio, pasó una semana; y el Comité Revolucionario invitó a los más intelectuales y a las autoridades, para una reunión extraordinaria, y en ella manifestaron, que para establecer de una vez, un sistema fijo, era necesario conducir los códigos, folios y pergaminos y toda la papelería archivada, en el centro de la plaza pública y quemarlos.

Pasamos a la plaza, y el enorme montón de libros y papeles y objetos inútiles, era atroz; como que hacía buen tiempo, se transfirió para fin de semana, y a los tres días, vigilando todos los que estaban interesados, se procedió a prender fuego y a las tres horas, era sólo cenizas, que se mojaron para recogerlas y enviarlas al campo. Esta fue la apoteosis de la huelga.

Las imágenes de los templos, pasaron al salón de objetos artísticos, y a los museos dos o tres objetos de cada reliquia de fanatismo e ignorancia.

Se acordó celebrar en común fiestas, y que cada cual aportara los conocimientos y recreos más selectos y se divirtieran por una semana; hubo regatas, fuegos artificiales, globos, confeccionados por los más expertos, con ayuda general, y en todos los juegos y paseos en coche y automóviles, cada cual aportó alguna idea, alguna forma recreativa. Terminó todo, ya estaba establecida la confianza entre todos. A los más rudos, se les enseñaba lecciones de cultura y buenos modales, y se les hacía ensayar la forma de comer y saludar correctamente.

Faltaba terminar con el dinero; y acordaron, después de tomar el necesario para mercancías y máquinas de fabricación de papel y cristalería y porcelana. Dejar establecido el libre cambio, enviarles nosotros nuestros frutos, después de abastecidos los depósitos generales. Y no tener dinero para nada. Solicitábamos cualquier cosa que no era posible hacer aquí y enviaban nuestra azúcar y nuestras frutas y nos enviaban arroz, garbanzos y otros artículos. Los enfermos aminoraban; los había ya de época pasada, se tenían en condiciones especiales.

Los tuberculosos, habíanse enviado a las montañas. Con los tabacos fabricados, se llenó un depósito y se procuró establecer un método para los que lo usaban, hasta que perdieran la costumbre. Los campos sembrados de tabaco, se dejó terminar la cosecha y enviarla al extranjero por otros artículos, y el seco se envió también, para que el terreno perdiera su condición, se quemó, regó y movió bien y se dejó descansar; y a los seis meses, sembróse hierbas alimenticias para los caballos y las reses. Los cerdos no se utilizaban más. Se remitieron a cambio de una tela impermeable para calzado y telas finas a propósito para lo mismo, y no sacrificar ganado. No tenían nada que desear. Nadie se acordó de la policía, con el pueblo en huelga, no se atrevieron, porque no hubo ocasión, y ellos entraron con facilidad, pues la mayor parte, habían sido agricultores y obreros; había de todos los oficios y sólo hubo que dirigirlos e ilustrarlos.

Todos muy felices, muy sencillos, aunque no se permitía a nadie, andar como quiera; unos a otros se aconsejaban y cambiaban impresiones. Por último, se acordó hacer una relación de todo e imprimir un libro, para enviar a todos los gobiernos, ministros, sociedades y municipios del Universo. Era necesario conocer la opinión de cada país. Unos dijeron que eso no duraría, que era una casa de locos. Otros, que era la torre de Babel, que, cómo íbamos a vivir, el poeta con el bracero burdo y torpe, que no teníamos obras de arte; que éramos intransigentes e inhumanos. Esto lo dijeron los gobernantes, en nombre de sus presidentes, y los ministros, en nombre de sus reyes. Las sociedades

obreras nos felicitaron, y los hombres altruistas, nos ofrecieron visitarnos, y otros nos ofrecieron venir a vivir con nosotros. Pero les dijimos que debían iniciar en su país iguales procedimientos, que era fácil, y era más glorioso para ellos. Que no aceptamos forasteros, y que de cualquier país podían venir, pero que como no podíamos lo propio, resultaba muy pequeños el país, para tanta gente.

Todo quedó así, y nosotros esperamos que se practiquen tales ideas, para bien de todos los humanos, y en nombre de la fraternidad universal.

San Juan, Septiembre 19 de 1910.